

tiene contra mí una eterna guerra, y Enrique... el hugonote, el falso convertido me acecha, y Portugal muerde rebramando su cadena, y el Africa duerme frente á mí tranquila... Y aquí, en el corazon de mi España, un hombre misterioso, un hombre que hace temblar á mis jueces, se levanta delante de mí pidiéndome el trono de Portugal... ¡No! ¡No por Dios vivo! ¡Portugal no! Antes que perder un solo pedazo de Portugal, perderia el corazon. ¡Ah! ¡Ah! Y no es tan fácil arrancar el corazon al rey don Felipe. Pues bien; que se cumpla la voluntad de Dios; que mientras Dios me ayude, no ha de entrar en mi corazon el miedo, ni en mi pensamiento la duda. ¡Santoyo!

X.

Poco despues apareció el ayuda de cámara del rey. Santoyo vió, por las señales que quedaban en el rostro del rey, que por él habia pasado una récia tormenta; pero prudente siempre, no dió muestras ni aún de haberlo notado.

—Que preparen al momento las postas, Sebastian; quiero marchar esta misma tarde.

—¿Y á dónde, señor?

A Medina del Campo.

Despues de esto, el rey volvió la espalda á Santoyo, y salió de la cámara por una puertecilla.

CAPITULO XXII.

De cómo Gabriel de Espinosa tuvo una larga y misteriosa conversacion con un desconocido.

I.

Treinta horas despues de la partida del rey, es decir, á la media noche del siguiente dia, don Rodrigo de Santillana, que reposaba como podia, física y moralmente en su posada, en la inmensa villa de Medina del Campo, sintió que llamaban á grandes golpes á la puerta de la calle.

Como los sobresaltos no cesaban para Santillana, desde que habia empezado el terrible proceso de Gabriel de Espinosa, á los primeros golpes empezó á vestirse apresuradamente, y poco despues llamaron á la puerta de su cuarto.

Abrióla Santillana, y se presentó Tribaldos, que le dijo entregándole un pliego:

—Del rey nuestro señor.

II.

Santillana se acercó á la lámpara de noche, abrió precipitadamente el pliego, y leyó lo siguiente:

«El rey. —En el momento que recibais está orden, saldreis de vuestra casa; cerca de ella encontrareis un hombre embozado; llevad á aquel hombre al encierro de Gabriel de Espinosa, sin preguntarle quién es, sin hablar con él, sin pretender averiguar quién sea. Una vez solo este hombre con Espinosa, le encerrareis con él, y esperareis á distancia, hasta que oigais tres golpes en la puerta del calabozo, á cuya señal acudireis, saldreis con aquel hombre de la cárcel, y una vez fuera de ella, os volveréis á vuestra casa. A ese hombre acompañarán otros cuatro embozados. No procureis saber quiénes sean, y que nada de esto conste en el proceso; cuando hubiéreis leído esta nuestra real orden, quemadla.—En nuestro palacio de Madrid á ocho del mes de octubre de mil quinientos noventa y cuatro.—*El Rey.*—A don Rodrigo de Santillana, alcalde de casa y corte de la real Chancillería de Valladolid.»

III.

■ Cinco minutos despues, el alcalde, despues de haber quemado la orden, estaba en la calle, y se acercaba á un bulto que se veía entre la sombra á pocos pasos de ella.

Santillana pasó junto aquel bulto sin decirle una palabra, y siguió adelante, camino de la cárcel.

El bulto se puso en marcha, pegándose á Santillana, y guardando el más profundo silencio.

Santillana notaba los pasos de otros cuatro hombres que iban á cierta distancia.

Cuando llegaron á la cárcel, el alcalde llamó, y se hizo abrir pronunciando su nombre.

—Llevadnos al encierro de Gabriel de Espinosa.

El alcaide echó á andar delante.

A la luz que el alcaide llevaba, Santillana vió que quien le habia acompañado hasta allí, ó más bien, quien le habia seguido hasta allí, era un fraile completamente vestido de negro; bajo la capucha que cubria su semblante, se veía una larga barba blanca.

El alcalde guardó silencio, siguiendo al alcaide y llevando tras sí al fraile, hasta la puerta de un encierro que el alcaide abrió.

Al abrirse la puerta, se vió que el calabozo estaba completamente oscuro.

—Dejad dentro vuestro farol, dijo el alcalde, y salid.

—Encenderé más bien el belon que hay en el calabozo, dijo el alcaide.

—En buen hora, contestó Santillana; pero hacedlo pronto, y salid cuanto antes.

El belon estuvo encendido en un momento, y el alcaide salió.

Entró el fraile, y por un mandato de Santillana, el alcaide cerró la puerta del calabozo, y Santillana y el alcaide se retiraron.

IV.

Gabriel de Espinosa, que habia despertado al oír el ruido, y que no se habia dignado hablar, cuando el fraile se quedó dentro de su calabozo, solo y encerrado con él, se incorporó en el lecho y dijo:

—¿Tanto le pesa al rey mi vida, que ya me envía quien me disponga á bien morir?

—Bien os tratan, dijo el fraile que se estremeció ligeramente al oír el acento de Gabriel de Espinosa; teneis buen lecho, mesa, sillas, encierro ancho y cómodo, y por lo que veo, no teneis hierros.

—Pues por ser yo quien soy, debian tratarme mejor en Castilla; contestó Gabriel de Espinosa.

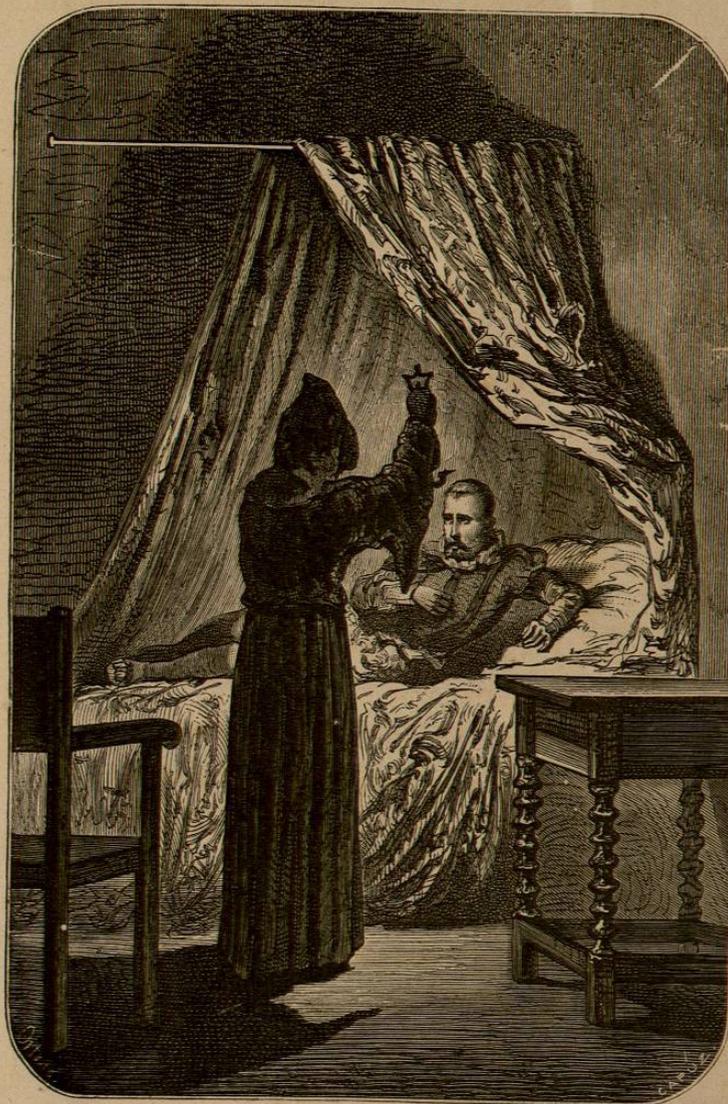
—¿Y quién sois vos? dijo el fraile tomando el belon de sobre la mesa, y viniendo á iluminar con él el semblante de Gabriel de Espinosa.

—Si me habeis conocido alguna vez, vedlo, respondió Gabriel, levantando su semblante de modo que pudiese iluminarle la luz del belon que el fraile tenia en la mano.

Al ver el semblante del preso, el fraile volvió á estremecerse, pero de una manera casi imperceptible.

—Viejo estais, exclamó el fraile.

—Vos esperábais encontrarme más jóven, ¿no es esto? Así como de cuarenta años; pero he pasado muchos trabajos, padre, y los trabajos y las penas me han envejecido. Especialmente desde que estoy bajo la férula de don Rodrigo de Santillana, aunque no hace mucho tiempo, he envejecido diez años. Si conoceis á don Rodrigo



Si me habeis conocido alguna vez, vedlo.

de Santillana, decidle que se dé prisa y me despene pronto, porque yo no he nacido para estar encerrado. Me ahogo aquí, y moriré de rabia como un gorrion viejo cuando le enjaulan. Si conoceis al rey, decidle que para acabar pronto con la pesadilla que debo causarle, me mande ahorcar cuanto antes, y así nos quedaremos en paz, yo en la tumba, y él sin que nadie le pida el reino de Portugal.

—¿Se lo pedis vos?

—Yo no; ni en este lugar se piden tronos; lo que se pide es justicia.

—Dicen que vos pretendéis ser el rey don Sebastian.

—Yo no pretendo pasar por muerto, dijo Gabriel de Espinosa; yo no he dicho tal; quien lo dice es don Rodrigo de Santillana, porque cree en lo que dicen un fraile y una monja; yo no tengo la culpa de que esos dos estén locos, ni que don Rodrigo, más loco que ellos, les haga caso; todo se le vuelve al buen alcalde preguntarme quién soy, y yo tengo ya dañada la lengua de responderle:—Gabriel de Espinosa, pastelero en Madrigal.—Y él replica:—¿Pastelero vos? Como yo; vos sois mucha persona.—Y yo digo:—Mucha ó poca persona, no sé por qué me teneis preso, y por qué me atosigais á preguntas.—Vos habeis querido parecer al rey don Sebastian de Portugal, torna á decir el alcalde, y no me lo decís, porque temeis que si me lo decís, yo os ahorque.—Y yo niego, y el alcalde afirma, y no nos entendemos, y este es el cuento de nunca acabar, y yo tengo ya hace muchos dias perdida la paciencia, y deseando que esto rompa por cualquier parte para acabar de una vez.

—Don Rodrigo es un caballero, dijo el fraile, y si tanto pregunta y repregunta y os torna á preguntar, es porque quiere haceros justicia, y os dará la razon que tuviéreis sin temor á nadie ni á nada.

—Pues mirad, tengo para mí que don Rodrigo no es muy valiente.

—¿Y qué os mueve á pensar eso?

—Que veo que me teme él á mí más, mucho más, que lo que yo le temo á él. El me tiene á mí el miedo que puede tenerse á ver un fantasma ó un muerto resucitado; se pone pálido, con la mirada errante, se le lia la lengua, pronuncia las letras mal, y es necesario que yo me ria para que se irrite y la cólera le haga perder el miedo; yo temo á don Rodrigo, como se teme á un aborjorro que zumba y zumba siempre del mismo modo, que no nos lo podemos quitar de encima, y nos causa dolor de cabeza; hay dia que se está diez horas el buen señor pregunta que te pregunta y escribe que te escribe, de tal manera, que llego á tener lástima de él, porque si él hace esto, es por miedo que tiene al rey don Felipe; y aquí quien se encausa es él; porque llegará un dia, en que todo lo que escribe contra mí se vuelva contra él, y en que sea ante Dios este proceso, no el proceso del pastelero de Madrigal, sino el proceso del rey don Felipe y del alcalde de Santillana.

Volvióse á estremecer el fraile; pero de un modo más visible.

—Me parece que vos teneis tambien miedo, dijo Gabriel de Espinosa; vos temblais, don Rodrigo tiembla, el carcelero me trata con tanto respeto como si yo fuera

un rey, y tanto harán todos, que puede ser que yo tambien me vuelva loco y crea que soy ese pobre rey don Sebastian que murió por loco y de mala muerte en Africa.

—Dicen, hermano, contestó el fraile, que en medio de todo eso que decís, pretendéis ser ese rey don Sebastian que murió en Africa.

—No parece sino que han partido en dos al alcalde don Rodrigo de Santillana, y que vos sois uno de ellos; os advierto, que si empezais con lo mismo que don Rodrigo, en vez de escucharos, me echo, me vuelvo de cara á la pared, y me duermo al son de vuestras palabras; estoy ya harto y cansado de escuchar siempre la misma cosa. ¿Pero vos, no os cansais de tener el velon en la mano llenándome el rostro de luz? Dejad, dejad el velon, padre, y sentáos; que sois ya viejo, y el estar tanto tiempo de pié os hará mal.

El fraile dejó el velon sobre la mesa, trajo uno de los sillones cerca de la cama, y se sentó en él de espaldas á la luz.

Gabriel de Espinosa, por su parte, se colocó de tal manera, que su semblante quedó envuelto en la sombra.

—No creia yo, dijo Espinosa, que don Rodrigo me hiciese tratar tan pronto con frailes.

—Lo necesita vuestra alma, dijo el del hábito.

—Pues mirad, yo creo que lo que mi alma necesita no son frailes, sino que la dejen quieta y tranquila sin irritarla; porque os juro, que con tanto como se me molesta, se me vá acabando el sufrimiento; y si yo me conde-

no, no será mia la culpa, sino de los que hayan hecho que yo me desespere.

—Sois tenaz; quereis encubrir una cosa de que hay tantas pruebas; cartas se han dirigido á vos, que han caido en poder de la justicia, y otras sin duda habreis recibido en que se os trata de majestad.

—Pues mirad; no me acuerdo de haber recibido carta alguna de nadie en mucho tiempo, y mucho menos, carta en que para mí venga majestad, ni nada que á rey se parezca. Desengañáos, padre, que lo que he dicho hasta ahora lo seguiré diciendo siempre, porque lo que he dicho es la verdad, y no puedo decir otra cosa.

—Mirad no se canse don Rodrigo y os dé tormento, y los cordeles os hagan decir lo que no alcanzan que digais preguntas y razones.

—¡Tormento á mí! A mí no puede nadie darme tormento.

—¿Por qué?

—Porque el rey no consentirá que se rompan las leyes.

—Las leyes mandan que se ponga en el tormento á los que no quieren confesar.

—Pero no puede darse tormento á los nobles.

—¿Y vos lo sois?

—Tan noble como el rey.

—¿Noble y pastelero?

—Nunca supe hacer pasteles; si mis padres los hicieron, yo nunca anduve en la masa; que en otros más nobles empleos se han ocupado mis manos y mi pensamiento; llamábanme pastelero, no ya porque hiciese

pasteles, sino porque era dueño de una pastelería; y como á la pastelería se la ha llevado ya el diablo, porque mi pariente Gil Lopez está preso, y no se han encontrado en la pastelería más que dos palas y tres ó cuatro moldes, y todo esto ha sido embargado por don Rodrigo de Santillana, hé aquí que ya no soy pastelero.

—Debiérais decir la verdad.

—Vuelta á don Rodrigo de Santillana.

—Vuelta á lo que es conveniente y justo.

—¿Quién os envía, padre?

—La caridad.

—No sé por qué me parece que vuestra caridad ha de hacer más daño que beneficio.

—¿Tan impío sois, que ni aún respetais el hábito que me cubre?

—Dicen que el diablo se viste con frecuencia de fraile, y como no os veo el rostro...

—Tengo hecho voto de andar con el semblante cubierto.

—Pero por lo que he visto, no habeis hecho voto de no ver el rostro de los demás; un cuarto de hora habeis estado inundándome de luz el semblante, y mirándome por entre el candil de vuestro capuz.

—Quería conoceros.

—¿Y me habeis conocido?

—Puede ser.

—Me parece difícil el que vos me conozcais.

—Pues mirad; os pareceis mucho al rey don Sebastian.

—¿Sí? dijo Gabriel de Espinosa con acento grave.

—Pero no sois el rey don Sebastian.
 —¿Y entónces, quién diablos quereis que confiese que yo soy? Que no soy el rey don Sebastian, ya lo he dicho; que soy Gabriel de Espinosa, lo he dicho tambien mil veces; y sin embargo, don Rodrigo me aprieta para que haga mi confesion.

—Sí; para que confeseis, que no siendo el rey don Sebastian, habeis querido que se os crea el rey don Sebastian.

—Eso es precisamente lo que niego; yo no he pretendido tal cosa.

—Hay pruebas contra vos.

—Esas pruebas son nulas. Nadie hay que pueda decir que yo me he vendido por el rey don Sebastian.

—Temeis que el rey os mande ahorcar.

—Si Dios no toca al corazon del rey, lo que no es fácil, porque hace mucho tiempo que Dios ha dejado de su mano al rey don Felipe...

—¡Eh! ¿Qué decis?

—Que el rey don Felipe ha dejado hace mucho tiempo de ser de Dios para ser del diablo; y cuanto más viejo, es más ambicioso y más terrible.

—Calumnias al rey; el rey es justo y cristiano.

—Él lo dice.

—Los vasallos deben respetar ciegamente á los reyes; solo Dios vé su corazon.

—Y el mundo es testigo de sus tiranias.

—Morireis de mala muerte.

—Bien hacia yo en dudar de vuestra caridad; lo que acabais de decir, es poco caritativo.

—No se puede ser caritativo con los traidores.

—Yo no soy traidor, dijo con violencia Gabriel de Espinosa; mentís vos, y quien tal diga.

El fraile hizo un movimiento de impaciencia.

—¿Sabeis que me parécéis algo más que fraile? dijo Gabriel de Espinosa.

—¿Y qué os parezco?

—Creo que sois un enviado del rey; un hombre que ha debido conocer al rey don Sebastian.

—No soy otra cosa que un religioso que sabe el estado en que os encontrais, y viene á ayudaros, á convertirlos, á convenceros.

—Padre, ó porque sea un hombre misterioso, ó porque se me crea el rey don Sebastian, el resultado para mí será el mismo. El rey me hará pedazos; decid al rey que lo sé, y que no es cosa esta que me ponga en temor; porque estoy acostumbrado á jugar la vida; pero decidle tambien, que preso me desespero, y que cuanto antes se acabe, descansaré más pronto. He visto tantas veces el rostro á la muerte, que la muerte no puede ponerme espanto, y yo quisiera que el rey don Felipe me viera morir, para que pudiera acordarse de cómo muere un hombre como yo.

—Los que se han olvidado de Dios, los que han perdido el temor de Dios, no pueden temer nada, dijo profundamente el fraile; por eso se les mata para que no hagan daño.

—Teneis una caridad de demonio.

—Antes que la caridad, es la justicia.

—Y antes que la justicia, la ambicion; decídselo así al rey.

—Creo que teneis familia, dijo con acento ronco el fraile.

—Si; y una familia muy querida.

—¿Y no temeis por ella?

—No; porque el rey don Felipe no puede nada contra mi familia.

—Tal vez os equivoqueis.

—Ya vereis como, aunque yo muera, el rey no tocará á mi familia, ni aun al pelo de la ropa.

Hubo un momento de silencio.

—Aseguran, dijo el fraile, que conoceis secretos de Estado.

—¡Dios de Dios! ¿Y qué secretos de Estado quereis que sepa un pastelero?

—¿Sabemos acaso lo que vos sois?

—Vuelta á don Rodrigo de Santillana; mirad, padre, que así vamos á estar toda la noche y todo el dia de mañana, y sabe Dios cuánto tiempo si no cortamos la conversacion; lo que yo he tenido que decir, ya lo he dicho; y lo que se quiere que diga, no lo diré jamás.

—Pues que os ayude Dios, dijo el fraile levantándose.

—Si Dios no castiga á mis asesinos en la tierra, los castigará en la otra vida, dijo Gabriel de Espinosa.

—El fraile no contestó.

Fué á la puerta, y llamó por tres veces.

Poco despues se abrió la puerta, y el fraile en silencio salió.

El carcelero entró, apagó la luz, salió y cerró la puerta del calabozo.

—¿Quién será ese hombre? dijo envuelto en la oscuri-

dad Gabriel de Espinosa; ¡el rey!... no, el rey don Felipe no se hubiera atrevido á encerrarse conmigo; el rey don Felipe me hubiera conocido, me hubiera dejado conocer su turbacion, por más que tenga el corazon de hielo; ¡no! el rey don Felipe no hubiera podido reprimirse; y además, es soberbio; el rey don Felipe no me verá á mí, sino acaso muy adelante, acaso nunca. Se tiene empeño en perderme; para perderme mejor se quiere que diga quién soy yo, y eso no lo conseguirán, yo lo aseguro; que lo adivinen si pueden; rey ó mendigo, mi suerte está decidida; mi suerte es morir á manos del rey don Felipe, si Dios no hace un milagro. Pues bien, muramos con dignidad.

Y Gabriel de Espinosa, dando una vuelta en el lecho, se quedó dormido de una manera tan descuidada, como si nada hubiera tenido que temer.